

Juniorado hoy

Se terminó el noviciado y para algunas congregaciones llegó una etapa a la que no siempre saben ponerle nombre, señalar los objetivos y contenidos, identificar a los integrantes de esa etapa, dar perfil y señalar las funciones de los formadores, indicar el tiempo que va a durar y el lugar o comunidad en la que va a funcionar, ofrecer un auténtico acompañamiento... No hay duda de que ahora es el período de formación con más novedades y dificultades. Para algunos institutos religiosos la misión es el principal lugar para la formación y para otros es el estudio; los hay que tienen a los junioreos en diferentes y diversas comunidades y por supuesto los hay que tienen una casa y comunidad para esa etapa de formación; en algunas congregaciones a los junioreos les falta la compañía de otros religiosos de su misma edad y viven la experiencia como “hijos únicos” o de muy pocos “hermanos”. En una palabra, hay que reestructurar y reconfigurar los proyectos de formación de este tiempo de formación antes de la Profesión perpetua.

Para junioreos y responsables de la etapa del juniorado se ha preparado este número de Testimonio. Los autores son todos, de una u otra forma, cercanos a junioreos; para nada hablan de universos humanos lejanos a su experiencia diaria. Por eso, también, saben a qué se están refiriendo en los diferentes artículos y experiencias; saben lo que pasa en la “propia casa” y en “las casas ajenas”. En varios de los artículos del número se incluye también una descripción de la realidad del joven de este momento de nuestra historia ya que los junioreos ni vienen ni están en otro planeta. Son de hoy y son hijos de nuestra realidad sociocultural. En América Latina estamos ya acostumbrados a llamarles “nuevas generaciones” y el nombre corresponde “al grupo de consagrados/as de votos temporales que recientemente han ingresado en la vida religiosa y que se encuentran en la etapa comprendida entre el noviciado y los años en comunidad anteriores a la Profesión perpetua”.

No hay duda de que la persona del formador es destinatario preferente de esta reflexión; ellos encontrarán en estas páginas diversas experiencias de

formación con las que podrán comparar la propia, criterios, descripción de la tarea de un formador del juniorado; se les recuerda que los jóvenes cambian con nuestro ejemplo y testimonio y no tanto con nuestra opinión. No son pocas las reflexiones orientadas a indicarles cómo tienen que ser para bien proceder. Casi todos los que escriben o son o han sido formadores. De una u otra forma, su vida tiene que ser un grito profético en el que se pone en evidencia que merece la pena seguir a Jesús en la vida consagrada y por supuesto todo formador tiene que ser un apasionado de esa vida consagrada. Le toca hacer realidad la convivencia evangélica en la comunidad formadora y está abierto a aprender con los jóvenes los nuevos lugares teológicos desde los que Dios nos interpela y se manifiesta en nuestros días. Son bastantes los comentarios que les toca leer a los responsables de la formación y los provinciales. A ellos les corresponde tomar decisiones y acertar en ellas.

Pero este número de Testimonio está dedicado, y con verdadero cariño, a los juniore. Ellos no pueden dejar de leerlo. Para ello hay grandes orientaciones y buenos consejos. Por ejemplo que tienen que salir de la autorreferencialidad, que deben relativizar sus problemas, vivir con los ojos abiertos; no pueden olvidar que son “centinelas del mañana” comprometidos en la renovación del mundo a la luz del Plan de Dios, del Reino. Al mismo tiempo les toca “andar con los pies en la tierra”. Entre los juniore que tendrán esta revista en sus manos los hay con una pasión por Cristo y por la humanidad y con un entusiasmo vocacional grandes; los habrá quienes pasan por días de cuestionamiento vocacional. En unos y otros se pensó al organizar este número. Es un mapa de ruta para el camino tanto si hay temor e incertidumbre como si hay ilusión y esperanza.

Unos grandes pensamientos y orientaciones que les llegan desde estas páginas:

No se les ocurra a los formadores de hoy hacer un proyecto de juniorado fotocopia de lo que fue el suyo. No es el recurso a los modelos del pasado lo que nos dará la clave de lectura para las soluciones de las dificultades del presente, sino las capacidades inéditas de ir diseñando propuestas, generando procesos y proponiendo soluciones.

No se les ocurra a los formandos embarcarse en lo ambiguo del presente. No lleva lejos. Hay realidades con las que no se juega: el dinero, la afectividad y el sexo, el trabajo, la oración, la autonomía. A su vez tienen que ser altamente resistentes para hacer posible el camino de seguimiento que es eminentemente contracultural. Se impone mantener la atención, delicada, analítica, profunda sobre los aspectos que son inherentes al tema formativo más allá de las particularidades de las diferentes épocas históricas.

No podemos olvidar que la formación se da en una era digital, postmoderna y globalizada.

Los procesos formativos ante los embates y dinámicas del mundo actual a veces echan mano de un tradicionalismo superado como una determinada estrategia a través de la cual se desea defender el sentido de la identidad religiosa como simple tradición o recurren a la excesiva tolerancia y flexibilidad como forma de atender y ponerse a tono con los avances de la realidad contemporánea de las que las nuevas generaciones son sus más insignes representantes y consumidores.

No podemos olvidar que si queremos hacer algo grande con la vida de un formando tiene que configurarse y hacerse libre en Jesucristo, descubriendo que es él quien ha llamado a crecer como hombre y mujer y en su presencia a través de su gran misericordia. Para ello se precisa una vida reflexionada y discernida, unos valores contrastados y asumidos, una apertura dialogal y abierta a la transformación y una vida orada a la luz del evangelio.

El acompañamiento es indispensable e indiscutible. Ese acompañamiento tiene que tener nombre, tiempos, frutos. No se puede uno engañar en este aspecto. Se paga un precio muy alto. Rechazarlo es un mal signo. Asumirlo activamente una buena actitud.

Con la lectura de estas 84 páginas de la revista Testimonio en buena parte se consigue una respuesta a esta gran pregunta: ¿Qué modelo de formación necesitan los juniors, qué modelo de ser humano y de religioso estamos proponiendo en esta etapa de formación? ¿Qué modelo de joven necesita hoy la vida consagrada? Sin duda, hombres y mujeres comprometidos creativamente con la realidad, en constante apertura a la interpelación del Espíritu profético de Dios, insertados de manera solidaria y responsable con las alegrías y penas de la humanidad en sus esfuerzos y trabajos diarios.